



El halcón negro



En lejanos tiempos hubo un doncel bello y galante, que tenía por nombre Guillermo. En veinte reinos a la redonda que se hubiesen recordado, no se hubiese encontrado otro tan apuesto, gallardo y gentil, y siendo por su cuna de elevada estirpe, no había sido todavía armado caballero. Siete años llevaba servido a un castella-

no, leales servicios, lo que hacía no como mesnadero y aun no que aun se hallara en situación de paje.

Justo es, sin embargo, hacer constar que el lindo doncel no mostraba el menor denuo ni sentía coneción alguna por elevarse a la condición de "armado caballero"; y era ello por la eterna causa del amor. El paje, presa de ardiente pasión, amaba a la esposa del castellano a cuyos órdenes estaba, y si prefería y gustaba de la sencilla vida de servidor, es porque amando exaltadamente a la dama todo lo sometía a su encendido sentimiento.

Ella, desde luego, ignoraba que el doncel la amaba tan profundamente, pues de saberlo, de hijo que le hubiese prohibido revelarle su atrevido y cálido amor. Era muy hermosa.



Llegó un día en que el caballero castellano se fue a probar su valor y gallardía a un lejano país; y le acompañó numeroso cortejo de caballeros y de servidores. Guillermo sintió gran preocupación, porque profetizaba que, como no era más que un paje, su señor se fue sin él.

Era, evidentemente, el momento propicio para Guille-

mo. Se resolvió, pues, a declarar a su señora su amor. Diríase a la cámara privada de la dama; y habiendo llegado hasta la puerta, la empuja suavemente y sin hacer el más leve ruido penetra en la estancia.

La suerte le favorece. Encuentra sola a su amada. No siente la soledad de la señora, que, sentada en el lecho, se mostraba tan bella como jamás se había visto otra. Alberto quedó el paje ante la hermosura de su amada, y más perplejo aún cuando recibió de ella la dulce mirada de sus ojos.

Guillermo le pidió permiso a la señora para sentarse a su lado. Deseo ella; y durante un rato, la onestísima con se con-

El halcón negro

veración y sus juegos inocentes, a que ella correspondía con agrado. Luego, le pidió autorización para contarle el cuento de un enamorado. Como la señora se lo concedió, Guillermo le habló de un joven que estaba prendado de una dama, pero que no se atrevía a decirle. ¿Quié debate hacer aquel enamorado? ¿Declararse o seguir ocultando su amor?

La señora dijo:

—Mi parecer, Guillermo, es que ese enamorado no se ha conducido con sabiduría al callar y ocultar su sentimiento, para hablando y dando a conocer a su amada su sentir, ella seguramente hubiese tenido para él benevolencia y consuelo.

Guillermo lanzó una plañidera queja, y suspirando luego agregó:

—Pues ante vos tenéis, señora, al que de tal modo padece por vuestro amor-hace largo tiempo.

★ ★ ★

La dama escuchó atento a Guillermo. Primero le pareció que choneaba; luego, viendo que su declaración era seria, le increpó duramente su atrevimiento.

—Ten por seguro —le dijo— que yo no le amaré jamás y sabe que persona alguna osó hablarme como tá cabas de hacerlo. Así, pues, ¡muévete, muchacho, huye de aquí, si no quieres perder tu vida en muy poco tiempo!

No hay necesidad de decir cómo quedaba Guillermo al oír tan cruel respuesta. Suplicó ternura a su amada, pero ella se mantuvo en su negativa y cada vez respondió al paje con mayor hosquedad. En vista de lo cual, Guillermo, que también se mantenía firme en su amor, anunció a su señora la decisión de no volver a probar bocado en su vida, mientras ella no se ablandase.

—Pues por San Brandán —replicó la dama— le juro que aguará por mucho tiempo.

Guillermo, sin añadir palabra, salió de la cámara, para hacerse disponer un lecho en habitación, en el que se tendió sin lograr reposar ni conciliar el sueño un solo instante.

Tres días completos permaneció acostado el doncel, sin comer ni beber cosa alguna, y llegó al cuarto día y en la misma actitud se mantuvo, y durante este tiempo la dama sostuvo alta y orgullosa, sin dispense atenderle ni auxiliarle, aun siendo sabedora de que Guillermo perdía en sus augios.

★ ★ ★

Y ahora es bien que habíamos del castellano, que ya vuelve de su torreo acompañado de señores y vasallos. Llegó a la puerta del palacio, por que se ha adelantado un escudero para anunciar a su señora que el señor torna de la justa y que con él vienen quinientos prisioneros, todos ellos poderosos y ricos, siendo el resto del botín, en consecuencia, abundante y valioso.

La dama llenase de alegría al saber la próxima llegada de su año y señor y en seguida prepara y adorna las cámaras y estancias; dispone una copiosa y suculenta comida y se atavia con sus mejores galas para salir al encuentro de su esposo.

Pero ya dispuesta para el recibimiento, se acuerda la dama de Guillermo y piensa que será mejor ir a advertirle al paje de la proximidad del amo, para que él desista de su terca resolución de no comer y dejarse morir de inanición mientras ella, no lo quiera.

Guillermo está tan débil y abatido, que en los primeros instantes no advierte la presencia de su señora o su lado; cuando la nota, refleja en su rostro un movimiento de alegría pero la señora le anuncia la llegada del caballero y le aconseja una vez más que se alimente, pues será inútil su terquedad.

A todo lo dicho por la dama, contestó Guillermo displicente: —Poco me importa ya la llegada de mi señor.

Y viendo la dama tan insistente y fiera actitud en el paje, replicó decidida:

—Por el glorioso San Dionisio te aseguro que mi marido sabrá en cuanto llegue, por qué jueces en este legajo y por qué te niegas a comer.

Llegaron los caballeros y sentáronse ante las mantas en torno a las mesas, sirviéndose de las viandas y bebidas a más y más juntos, como es de suponer, comieron el castellano y la dama y llegó el momento en que el caballero excitó con su mirada por toda la estancia, buscando al paje Guillermo, el que debía haber venido a servir y a atender a su señor; y quedando un tanto perplejo ante la ausencia del doncel, preguntó el castellano:

—¿Cómo es, señora, que nuestro Guillermo no ha comparecido todavía?

—Porque está delicado de salud —contestó la dama— y enfermo de un mal del que será difícil que pueda sanar.

—Pues me apena grandemente —repuso el caballero— el que Guillermo padezca y tenga algo que no sea bien para él.

No dijo más el caballero; pero su esposa, que tenía deseos de darle a conocer cuál era el mal que padecía el paje, dijo a su esposo:

—Estoy sorprendida de que no hayáis ido a ver a Guillermo, y estimó que debéis enteraros a fondo del mal que tan cruelmente le hace sufrir, aun cuando pienso que el muy indino se está haciendo pasar por enfermo fingiendo una grave dolencia.

Y entonces fueron juntas en busca de Guillermo, que, como siempre, hallábase abrumado en sus tristes pensamientos.

★ ★ ★

La dama y el caballero llegaron al paje, como no teme a la muerte, que pronto ha de sobrevivir, porque antes prefirió morir que vivir atormentado con la pena y murmurio que lo devora.

El caballero se arrodilló a los pies del lecho donde yace el doncel y, dulcemente, le habla así:

—Dime, Guillermo, qué mal es ese que tan postrado te tiene, habiéndote sorprendido tan de repente?

—Señor —contestó el paje— sufro terrible mal de gota y siento que me va corroyendo todos los miembros de pies a cabeza, y presiento que ya nunca más me levantaré de este lecho.

Y su señor le pregunta entonces, suavemente:

—¿No podrías comer y beber?

—No —contestó el doncel— porque mi cuerpo no admite cosa alguna de las que Dios hizo para deleite de los paladares.

Tan excitada y en sobresalto estaba la dama, que no pudo permanecer callada por más tiempo, e interrumpiendo entonces al paje, dijo:

—Nada de lo que Guillermo dice es cierto, y os prevengo, señor, que habla tan solo de lo que le conviene y le parece. Yo sé la verdad de su mal, que, desde luego, no es el que os ha declarado, sino dolencia que al que la padece hace sufrir en dolor y temblores.

Y dirigiéndose a Guillermo, añadió la dama:

—Por mí te juro que si no comes le de hacer que llegas para tí el terrible momento que no olvidará nunca mientras vivas.

★ ★ ★

—Podéis, señor hacer de mí lo que queráis —contestó el paje— y prologó: Vos, mi ama, y él, mi dueño y señor, podéis disponer cuanto os venga en gana, ya sea en beneficio o en castigo mío. Pero en cuanto a obligarme a comer, todo lo que pretendáis será inútil, porque no abriré la boca aunque me hicieran pedacitos.

Y viendo el firme testar de Guillermo, replicó ella:

—Pues en ese caso, óidme, señor y esposo mío. Vale a saber de qué modo ha pretendido engañaros el lindo paje. Tan pronto como paristéis al torneo, este muchacho que aquí se fingió enfermo, tuvo la audacia de llegar hasta mi cámara, y ya en presencia mía...

—¡Excusad entonces el caballero, interrumpiendo a la esposa:

—Que Guillermo se ha atrevido a llegar hasta vuestra cámara? ¿Y para qué? ¿Qué pretendía de vos?

—Ahora vale a saberlo —y nuevamente, dirigiéndose al paje la dama le pregunta apremiante:

—Guillermo, ¿vas a comer y beber? porque de no hacerlo, revelaré a mi esposo, tu señor, lo que fué deshonrar y vergüenza tuya.

—A lo que replica el paje con dura firmeza:

—Ama y señora, ni ahora ni nunca haréis que coma ni beba.

★ ★ ★

Este hermoso cuento ha sido especialmente traducido y adaptado para CRÍTICA de un "fabliau" francés de la Edad Media, uno de aquellos relatos y trágicos, ya picarescos y siempre satíricos que se deleitaban en dos siglos al Renacimiento de Boccaccio.

RUBIO FREEMAN

★ ★ ★

Intitil será explicar el gesto de Guillermo al oír tales palabras a su amada. No bien salieron de la estancia la dama y su esposo, levantó el paje de su lecho, porque su dolencia había ya cesado. Pronto se calmó y se vistió, dirigiéndose luego a la sala del palacio, en donde, al verle entrar la dama, le recibió con un apasionado suspiro, porque el doncel del amor había lanzado ya sobre ella su flecha envenenada.

Y dijo el señor al paje: —Estrafado poder debes tener sobre mí para haberte convertido con tan escasas razones, obligándome a hacerte el regalo de mi halcón negro favorito; porque te aseguro que no habría nadie en el mundo entero, que fuese necio o sabio, audaz o prudente, príncipe, noble o allegado mío, al que, ni por amistad ni por pago a sus servicios hubiese hecho don semejante.

Y luego, dando ordenes a otro servidor, añadió:

—Vé en busca de mi mejor halcón y entrégaselo a Guillermo.

Y pronto obedeció el criado, llegando súbito con el ave, la que fué donada al bello doncel por las propias manos de su señor.

Guillermo tomó la espléndida pieza de cetrería muy agradecido, en tanto le mostraba su amada:

—Ya conseguiste el halcón, y con él, doble paga a tus servicios.

Y así fué, porque antes de apuntar el nuevo día, el pajeillo posea el halcón del castellano, habiendo gustado, además, el dulce amor de su dama.

★ ★ ★

Guillermo Alcanza su Premio

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

El Paje Será Desenmascarado

★ ★ ★

La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

El Paje Será Desenmascarado

★ ★ ★

La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

El Paje Será Desenmascarado

★ ★ ★

La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

El Paje Será Desenmascarado

★ ★ ★

La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

El Paje Será Desenmascarado

★ ★ ★

La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

El Paje Será Desenmascarado

★ ★ ★

La Dama Rechaza Cruelmente al Enamorado

★ ★ ★

El Señor Regresa, Pero Guillermo no Cede

★ ★ ★

TOS! EL TAMBOR SINISTRO!



REDUZCALO A SILENCIO!

En la habitación en penumbra, suenan los golpes de tos como el eco de un tambor en la noche... ¿Resfrío? ¿Bronquitis? Si, algo de eso; pero la gravedad no existe aún; eso se cura fácilmente con un remedio energético.

El peligro está en las complicaciones. La tuberculosis es el enemigo en acecho! Conjure rápida, segura y positivamente la afección con Solución Dufour — científica y famosa preparación que suprime la tos, catarro e inflamación bronquial, como por encanto. Solución Dufour mantendrá a raya al enemigo! — En venta en las mejores farmacias.

Preparado por las grandes fábricas y laboratorios farmacéuticos de la
DROGUERIA LA ESTRELLA LIMITADA, RIVADAVIA 1501, ESQ. PARANA
 EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

SOLUCION DUFOUR



DONA Sabina tuvo siempre un alma revuelta. Aunque vela con sus sacros que parecía falta de juicio. Su viveza, su penetración, muy grandes, hacían que no bien viese el pro de una acción humana, o de una persona, viese también el contra. La instabilidad inherente que esto le producía, unida a su espontaneidad insostenible, la hacían hacer exclamaciones, a explosivos, incoherentes, como se lo obligaba su brusco e incesante ir y venir entre oposiciones.

Quienes la conocieron ya anciana y supieron algo de su vida. Pero, ya lo he dicho: dona Sabina siempre fue así, antes y después de enviudar.

Si hubiera tenido al menos una hija! Usted sabe la gran compaña que es una mujer para una madre con muchos varones. De esta manera, indicaban algunos, dona Sabina no hubiera sido de carácter tan difícil. Pero también se equivocaban. Porque el finado esposo había ido al matrimonio aportando una hija, quien, no por ser hijastra de dona Sabina, dejó de merecer de ella la consideración que guardaba a sus varones. Sin embargo, no pudo la niña hacer buenas migas con la madrastra y, a poco de fallecer su padre, se fue a vivir con unas parientes, iniciando la serie del cenizar de mujeres, emparentadas o de servidumbre, que harían otro tanto.

Este destino el de esos seres que no solamente go, sino más sino que hasta dan a menudo pruebas de gran corazón y que, sin embargo, resultan intratables en la convivencia. Quizás este yo equivocado en mi pintura de dona Sabina. Tal vez no fuera así por su carácter, sino a causa de enfermedad. En tal caso, ¡qué constata su mal! Parecía a veces que constata en el cansancio de lo que constata con el medio a todo cambio. Otras se hubiera dicho que era un descontento de sí misma. Pero ese descontento quedaba desmentido a mi observación cuando la veía desfogarse, no de ella sino de lo que en la cocina, en la pileta de lavar o en las habitaciones, estuviera haciendo nunca o servida.

¿Qué hace así? ¿Qué hace? ¡Salga! Esa mujer, ¡Salga, salga! Y, a lo mejor, lanzaba un callosito grueso, gruesísimo, en tercera persona, pero delante mismo de la aludida, lo que hacía más mortificante el estallido, pues el insulto aludía la distancia a que parecía merecer estar la descalificada. Y, para peor, esto sucedía a veces inmediatamente después de estar oyendo a la tal mujer o sirvienta referir algún percance y haberla consolado con un repetido "¡pobrecita!", tan sincero y confidencial, en ese momento, como el insulto que venía en seguida, o acaso haber cambiado por largo rato sus transportes de alegría manoteante y picaresca.

—Tus hijos si que son buenos— expresaba lamerosa a mi madre, al fin de una visita. Y ante el sincero pensar de dona Sabina, mi madre, agita, para demostrarle que los suyos también lo eran: —¡Bah, bah, bah! Callate, callate!

Los hijos si que son buenos— expresaba lamerosa a mi madre, al fin de una visita. Y ante el sincero pensar de dona Sabina, mi madre, agita, para demostrarle que los suyos también lo eran: —¡Bah, bah, bah! Callate, callate!

Los hijos si que son buenos— expresaba lamerosa a mi madre, al fin de una visita. Y ante el sincero pensar de dona Sabina, mi madre, agita, para demostrarle que los suyos también lo eran: —¡Bah, bah, bah! Callate, callate!

La Vuelta del Novio Feo

(Colaboración especial para CRITICA)

hacerse comunes. Donata, a luz de simple, era al fin un tipo humano más singular que la misma dona Sabina. Se ignoraba su vida, pero lo era por temperamento. A toda punta de la suegra opuesta su blandura amortiguadora a todo desconcierto, a todo embrollo, su buen intento de aclaración y facilidad y al a pesar de eso la sediciosa ofensa, callaba. Y así los años. De este modo describió en Donata un ser sin igual, porque era lo mismo con todos y en cualquier circunstancia. Solamente los últimos años vividos con dona Sabina le resultaron aliviados. Es que la señora se había hecho de un perro. Era un perro de los llamados ratoneros, feo como todos los de su raza, por lo hirsuto y áspero de su pelo, color canela sucio pero conmovedor por su belleza, que llamaba moral: una belleza que residía en sus hermosos ojos. Jamás he visto ojos más humanos que los de ese perro. Su ternura y su viveza de comprensión eran tales que ausaban. Sin embargo, el nombre, Susto, no se le había dado al animal por eso, sino por su fealdad de ropaje. La emocionalidad cariñosa e idealista de Susto se había desarrollado junto a dona Sabina en poco tiempo, extraordinariamente. La señora, que a cualquiera llamaba pobrecito con lástima que las más de las veces no venía al caso, nunca dijo "¡pobrecita!" a su querida compañera Donata. Es que Donata jamás se manifestaba dolorida o triste o falta de ayuda. Donata daba siempre, sin pedir nunca. Su bondad no tenía un solo rasgo de la fidelidad perpetua, tan nostálgica de caricias y que ese sentido, tan conmovedoramente pedreguila. En cambio, el exigente Susto había logrado dar objeto a la ternura de dona Sabina, que hasta entonces había sido una ternura burocrática, seguida de mostrada. Todos los "¡pobrecitos!" desperdigados inoperosamente por ella fueron dirigidos a Susto. Había descubierto en él a un ser más desamparado que ella misma. ¿Acaso esa orfandad no la expresaba Susto conmovidamente, con su gemido, pueril y tan irresistible? La inteligencia con que pedía Susto no era menos eficaz que la queja. Estaba al socorro del instante en que una manotada, un salto, serían bien recibidos. Había forzosamente que acordarse la cantidad y lo que hacía sin dejar de seguir con sentimientos ojos los gestos de su ama. Y todo eso constituía la dicha del perro, el cual conocía a dona Sabina e interpretaba cuanto la rodeaba, seres u objetos, con una vivacidad solo comparable a la de su misma dueña.

—¿Cómo te va, Bonita? ¿Cómo te va? Yo sola tuteo y aun tuteo a la señora, para contraponer la severidad previosa del "usted" que le dedican a sus hijos.

—Cuando así la saludaba, sus ojos se ensancharon y me recordaba que mi madre, a quien quería mucho, le había puesto ese nombre: la Bonita.

—Si, si, Bonita. ¡Anda, reite, anda! No protestas... te repito yo... porque junto a tu Novio Feo más bien Bonita todavía.

Ella se rein con un contenido de chisaca. Le hacía gracia el que yo le llamase al perro su Novio Feo. Lo que no impedía que en ese momento lo echase de la silla que ocupaba, para que me sentara yo.

—No haga eso de sí, que se merece todos los respetos. —Bonita, Susto, ¿señor vos, Edmundo?

—No vos como es feo y constante? — seguía yo por el perro. En el suelo se vuelve a sentar para contemplarme.

—¡Buen casullo! ¡Pero de porra, púdesse quieto! No recordas que todas las muchachas desean que su novio tenga esas cualidades? Hasta cantando las piden.

—Si, si, feo y constante! ¡Bah, bah, bah! Lo que no impide que en ese momento lo echase de la silla que ocupaba, para que me sentara yo.

—Míxalo a tus pies, atento a todos tus movimientos. ¡Te adora! —le dije—. Callate... déjalo. —Con qué ojos Bonita. —¡Quieto, Susto!

quién está en la cama por el tema. —¿No? ¡No sabe! ¡Certo que no se lo habíamos dicho! — así lo advertí Donata, parando los ojos para que no siguiera en esa cuerda. Lo que no se me había dicho, lo que no he querido admitir del todo hasta hoy, por tratarse de un perro más humano que los humanos seres, era que esa trampa infernal, todan sobre dos ruedas, que recorre Buenos Aires y llaman la Perrea, se había llevado al Susto hacia ya quince días. El Novio Feo asistido en la Matanza Municipal como un perro cualquiera, como un can vagabundo, sarnoso o rabioso.

—¡Decime, Edmundo, si esto se debe hacer con un pobrecito... ¡si esto!... —Y dona Sabina, que saliera entonces de su pieza, desmenuada, pálida, la rigurosa cara torcida como en sus peores momentos, exclamaba dolientes frases tristes, llevándose las manos a la cabeza, a los muslos, agitando angustiosamente en el aire, donde no tocaban más parecido a aquello tan impredecible en su vida como lo había sido Susto.

A decir verdad, recién entonces me di cuenta cuenta de lo que había significado el perro para dona Sabina. —¡Qué desolación! La señora, llorando unas veces, protestando otras con energía de sus hijos que no habían defendido a Susto, que no lo reconocieron, iba de un lado al otro del patio, repitiendo: —¡Decime, vos que vos habéis... ¡si esto!... El animalito. ¡Es modo re...! ¡Vengan Susto!

Susto había contraído el mundo de las inquietudes afectivas de dona Sabina. Había llegado a ser el objeto, a fin de ese mundo, en el animalito arrojado en aquel tiempo por el tema. No sé si sus familiares lo llegaron a comprender. En aquel tiempo quizá no. Pero hoy día lo ven tan bien como sus hermanas y yo.

A la desaparición de Susto siguió el cambio de casa de dona Sabina. Todos sus viejos muebles de cuando casada quedaron con Donata y Cosme. Erro los restos de su edad dichosa. Contribuían por lo tanto a hacer menos grave su desiguallo sentimental. Pero no le fue posible llevarlos consigo. La nueva casa resultó para ella nueva en todo, hasta en su hijo, Susto, que por haberse caído ya no le parecía su hijo. Entre la mujer y la sirvienta, dona Sabina sentía a menudo como entre los dos perros de un común enemigo, situación que agravaba con sus quejas y cenizas hechas de una persona a la otra y viceversa. Hasta que Susto quedó como viudo, a causa del alejamiento de su incompatible esposa. Y entonces, durante la ausencia del hijo, era la sirvienta que no podía vivir por encarnarse en su pieza, sorda a los requerimientos de la contradictoria ama o entredicha en la calle horas enteras, que empalmeaba en charmosos con alguna vecina. Bien es cierto que difícilmente dona Sabina admitía las pócimas si las fregas de manos de las sirvientas, pues a las más pacientes y respetuosas, a las más dignas de entera confianza, llegaba a tacharlas, como a todas, de brujas. En calidad de tales podían envenenar o estaban sin duda sonacándole a su hijo con mejujes puestos en la comida.

Las sirvientas se sucedieron entonces de modo inusado. Entre una y otra, ocupaba casi siempre el lugar una muerta compadecida. La alegría desbordante al recibirla, se trocaba bien pronto en el cansado fastidio.

¡Ah, qué trágica a veces la existencia de dona Sabina, sola con sus achaques de vejez en aquellas frías habitaciones donde un solo objeto no respondía calmamente a su actividad perturbada! —¿Cierta vez llamaron al teléfono. Una mujer le preguntó si hablaba con la madre del señor Salustio Cadet.

—Si. —¿Y, para, ve. El señor Salustio ha sufrido un ataque. Ha quedado como muerto. Lo llevan ahora al hospital y pide que usted vaya.

La anciana, requebrante por el tema, bruchaba por el aire yendo de un lado a otro clamó socorro, chocó en muebles, puertas y muros con la locura de la gallina que encerrada, en su gallinero ve aluzera que devoran a sus polluelos.

—¡Dios mío, Dios mío! Mi Salustio... ¡Francisco! ¡Donata! La sirvienta no estaba. Dona Sabina no atinaba a volver al le-

lefono para llamar a alguien pareciéndole quizás ese conducto viciado a toda posible ayuda desde que por él había venido la desgracia. —¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y tomó a caer en su cama, exhausta ya y si ella hecha un infierno. La noticia del síncope de su hijo había sido faltar: una venganza de cierta sirvienta despedida por ella.

Otra de estas ex sirvientas, arrojándola a solas, la amonestaba un día pidiéndole plata. —¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Yo no tengo, yo no tengo! Pero a las amenazas, la anciana sacaba de entre sus ropas un pañuelo amarrado que ya iba a arrebatarle la mujer, cuando mi llegada lo impidió.

Dona Sabina había sido robada de su modo varias veces y no lo confesaba a su hijo por temor al reto. —¡Ah, pero al fin ha llegado la calma para la madre de los Cadet! Al fin, más que la calma, reina en el alma vivaz como "ninguna" de dona Sabina, algo así como la dicha.

Hace dos años de esto. ¡Dios mío! —¡Decime, vos que vos habéis...! —¡Mira, zozos: así es el baile moderno! —¡Dejame, local! ¡Dejame, local!

Y se reía dona Sabina olvidando el "ay ay" de sus reumas, y se pasa el resto de la tarde revolviendo ropas para mostrar alegremente todos los trapos que tiene, algunos de ellos trajes de antiquísima moda, de los que dice, con la mayor sencillez, que se los pondrá al día siguiente para hacer tal cual visita.

Y fácil, muy fácilmente se aviene a que hay que dejar sola a la sirvienta en la cocina, sin atenciones. Y por eso también hace dos años que le va durando, como ni dicha, la mujer que ahorra la sirve. —¿Cuál es el motivo de este cambio?

El motivo es que existe un ser testigo de todas las idas y venidas de dona Sabina: testigo y animoso partícipe, un ser muy breve, como lo necesita ella para dar objeto a su ternura desolada. El motivo es, en definitiva, que ha vuelto el Novio Feo.

Es decir, es un nuevo can ratonero. Pero vos otros años de convivencia con ella han desarrollado en el animal la misma sensibilidad exquisita que había alcanzado el otro. Se dijera el mismo ser. Por eso a ella le parece cierto la vuelta de Susto, que ahora en la cocina, no solo es respetado por la perrea, sino que, lo es por todo el mundo. Susto alcanzó la categoría de persona con todas las inmundades del perfecto ciudadano. Ostenta un collar, y en el collar, una prueba de la patente municipal que ha sacado Susto.

—¡Así me gusta! La Bonita, adorada eternamente por su Novio Feo. —Vuelvo a exclamar de este modo cuando visito a dona Sabina. Mi exclamación, que Susto recibe con saltos, indicios atidos e innumerables gruñidos querendones, armoniza indefectiblemente a la anciana al recurrir.

do de una madre. Y entones yo, al tocar con mis manos su cabeza, tendida en encanecer, obtengo el gozo de sentirme ocupado por una emoción dulce a fuerza de muy humana, una emoción que es también divina por el hábito de cómo ciego con que parece leerme y ventarme más allá de la vida. Es lo que sentía cuando con estas mis pobres manos algo temblonas de curación tomaba la cabeza vibrante de mi madre.

—¡Dios mío, Dios mío! Mi Salustio... ¡Francisco! ¡Donata! La sirvienta no estaba. Dona Sabina no atinaba a volver al le-

Edmundo Montagne

